

§ 219

Incapacidad del hombre para realizar perfectamente la comunidad con Cristo sin una gracia especial

1. Es dogma de fe *que sin una gracia especial de Dios es imposible evitar todos los pecados veniales durante toda la vida.*

El Concilio de Trento definió en la sesión sexta, canon 23: "Si alguno dijere que el hombre una vez justificado no puede pecar en adelante ni perder la gracia y, por ende, el que cae y peca, no fué nunca verdaderamente justificado; o, al contrario, que puede en su vida entera evitar todos los pecados, aun los veniales; si no es ello por privilegio especial de Dios, como de la bienaventurada Virgen lo enseña la Iglesia, sea anatema." Casi 1200 años antes había definido el Concilio de Cartago (418): "Todo el que pretenda que las mismas palabras de la oración dominical: *Perdónanos nuestras deudas (Mt. 6, 12)*, de tal modo se dicen por los Santos que se dicen humildemente, pero no verdaderamente, sea anatema. Porque, ¿quién puede sufrir que se ore y no a los hombres, sino a Dios, mintiendo; que con los labios se diga que se quiere el perdón, y con el corazón se afirme no haber deuda que deba perdonarse?" (D. 108).

El Concilio de Trento no dice que sea inevitable cada uno de los pecados veniales, sino que es inevitable la totalidad de ellos. El pecado leve no es, como el grave, un pleno "no" a Dios, pero tampoco es la afirmación perfecta de Dios. Es un vacilante e irresoluto "sí" a Dios. El hombre mantiene su orientación total hacia Dios, pero no deja que Dios sea señor absoluto suyo. (Pueden verse más detalles en la doctrina del Sacramento de la Penitencia.) La definición del Concilio no debe entenderse como referida a la totalidad de los pecados veniales deliberados, sino como referida a la totalidad de los pecados veniales semideliberados. Cuando dice "durante toda la vida", se refiere a un largo intervalo de tiempo.

La imposibilidad de que habla el Concilio no es la natural, sino la moral. Como esa imposibilidad se funda en la concupiscencia, el "privilegio" de que habla el Concilio consiste en la libe-

ración de los movimientos de la concupiscencia; puede ser causado o por gracias siempre eficaces o por la concesión de un hábito.

La Iglesia confiesa continuamente en su liturgia esa verdad definida en Trento. Cfr. § 184.

2. La *Escritura* insinúa el dogma al atestiguar que el estado normal del justo es el de pecado venial. Cristo enseña a sus amigos (*Io. 15, 15*) a rezar continuamente al Padre por el perdón de los pecados y para que les libre de la tentación de pecado (*Mt. 6, 12*). San Juan, que con unívoca decisión dice que el nacido de Dios no puede pecar (*I Io. 3, 9*), enseña, sin embargo: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le desmentimos y su palabra no está en nosotros" (*I Io. 1, 8-10*). Santiago advierte a sus lectores que no deben pecar unos contra otros ni por lengua demasiado suelta; ya bastan los demás pecados. "Porque todos ofendemos en mucho" (*Sant. 3, 2*).

3. La *reflexión teológica* da el siguiente resultado: En cada momento está el hombre enredado en una multitud de relaciones. Todas le imponen determinadas obligaciones (de justicia, de amor, de fidelidad, de cuidado, de vigilancia, de protección, etc.). Es una tarea casi imposible para el hombre verlas todas, entender su sentido y cumplirlas. Necesitaría para ello toda su atención dirigida a Dios y una disposición incondicional de voluntad para oír la llamada de Dios. Pero siempre está actuando el viejo principio de la autonomía, que recibió en el bautismo golpe de muerte, pero no murió del todo (cfr. *I Cor. 3, 1-2; 2, 3; Gal. 4, 19; Eph. 4, 13*). A consecuencia de eso siempre se mezcla el egoísmo en nuestras decisiones, aunque sólo sea semiconscientemente. Uno puede creer, por ejemplo, que obra por amor al prójimo, y obrar, en realidad, por deseo de mandar o puede creer que quiere fomentar el bien y en realidad estar impulsado por la vanidad.

El justo puede, pues, conservar en cada situación de su vida su orientación total hacia Dios, pero en uno u otro detalle casi insignificante, fugazmente observado y querido, se aparta de la voluntad de Dios. Este peligro amenaza al yo autónomo tanto más

cuanto que la voluntad de Dios nos está escondida. Justamente en el celo por cumplir la voluntad de Dios puede introducirse la inseguridad, el error, el autoengaño y, en consecuencia, la excitación, la impaciencia y la amargura. El estar dispuesto a cumplir la voluntad de Dios puede ser, pues, ocasión de pecado; no en el sentido de que la virtud sea ocasión del fariseísmo, sino en un sentido más hondo y serio: en cuanto que la decisión de cumplir la voluntad de Dios conduce a traspasarla. Cuando alguien, por ejemplo, quiere ser justo, le amenaza el peligro de pecar contra el amor, y si se empeña en cumplir con el amor, se arriesga a traicionar la justicia.

Mientras dura la peregrinación nos está siempre impuesta la tarea nunca del todo factible de encontrar y recorrer el estrecho sendero en que se tienden la mano, la entrega y la autoconservación de modo que la entrega y ofrecimiento no se conviertan en abandono y derroche y que la conservación propia no se convierta en cerrazón de sí mismo. Pascal cala la situación humana al escribir: "Cuando se llevan las virtudes hasta el extremo, por uno u otro lado, surgen los vicios, se nos cuelan sin darnos cuenta..., de forma que uno se pierde en los vicios y ya no ve las virtudes. Hasta en la perfección se pierde uno" (texto citado por R. Guardini, *Christliches Bewusstsein*, 68).

Cuando más cerca esté el hombre de Dios y sienta con más fuerza la santidad divina, tanto más sufrirá bajo la imposibilidad de evitar todos los pecados (cfr. Bremond, *Das wesentliche Gebet*, 135-59). La acusación y lamentación que hacen los santos de su pecaminosidad no es una conciencia de pecado hipertrofiada, enfermiza, atormentada o insincera, sino una experiencia de un hecho real. Cristo abre al hombre los ojos sobre sí mismo.